

ENCUENTRO Y DIALOGO CON
WILLIAM CARLOS WILLIAMS*

por HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ

La casa del poeta es como otra cualquiera. Mejor dicho, es casi idéntica a las muchas de honestos, rutinarios burgueses que viven en la calle Nine Ridge de la ciudad de Rutherford, en el Estado de New Jersey. Para llegar hasta la entrada hay que subir unos peldaños que parten de la acera misma. La casa tiene dos puertas que dan a la calle Ridge. Una de ellas da acceso al consultorio médico; la otra, al interior de la morada. En la primera se ve una chapa que, en caracteres blancos sobre fondo negro, dice:

Dr. William Carlos Williams

Dr. William E. Williams

Porque padre e hijo todavía trabajan juntos.

Tocamos el timbre. Un instante después, una enfermera corpulenta y resuelta hace pasar al *living-room*.

—El doctor tardará algunos minutos en venir —nos informa la enfermera—. No está ahora en casa; pero ha prometido regresar a eso de las tres.

El *living-room* es el típico *living-room* de las casas modestas norteamericanas construidas hace cincuenta o sesenta años. No hay mueble que tenga menos de la mitad de un siglo. Las paredes, sí, están cubiertas de un empapelado flamante, color gris claro; las cortinas son de una blancura nítida. Adosado a la pared de la derecha vemos un sofá de tela algo gastada. En el fondo de la sala, hay una estantería altísima, llena de libros de Faulkner, Ezra Pound, Cummings y de poetas antiguos y modernos. Sobre mesitas bajas vemos numerosas revistas y algunos volúmenes —de literatura y medicina— con señaladores que indican muy diversos adelantos en la lectura. Complementan el mobiliario unos sillones de varios estilos, tapizados con telas de colores desvaídos, pero limpias.

El profesor José Vásquez Amaral se ha sentado en el sofá; el poeta Julián Palley y yo, en dos sillones próximos.

—Esto parece todo menos la casa de un gran poeta —comento—; me recuerda la de un viejo decano jubilado, que conocí en Washington hace años.

—Verás si el mismo Dr. Williams parece poeta o no —dice Vásquez Amaral sonriendo.

*Visita hecha el 24 de abril de 1957, cuando Ezra Pound acababa de salir del Saint Elizabeth Hospital.

El poeta Julián Palley, que desde sus días de escolar estudia la obra de Williams que ha traducido al español algunos de sus poemas, se queda en silencio.

Hemos venido a ver a W. C. Williams para recibir de sus manos unas traducciones que ha hecho de varios poetas hispanoamericanos: Florit, Carrera Andrade, Chumacero, Figueredo. La Fundación Rockefeller ha prohiado un proyecto de Amaral de difusión en Estados Unidos de la literatura hispanoamericana contemporánea. Amaral ha persuadido a varios grandes escritores norteamericanos a que traduzcan a sus colegas del sur. William Carlos Williams, anciano y achacoso, ha aceptado la invitación con más entusiasmo que nadie.

Pasan diez, quince minutos. Son las tres y veinte de la tarde. Nosotros. Nos hemos acostumbrado ya a la espera y nos entretenemos en observar detalles: el cenicero adornado con serpientes mexicanas; los bibelots traídos por el dueño de casa de lejanos países; los dibujos de la vieja alfombra.

La conversación se anima, hechos ya a la idea de que el poeta puede llegar a las cuatro o a las cinco de la tarde. Pero súbitamente, por una puerta por donde no anticipábamos verlo aparecer, William Carlos Williams entra a la sala murmurando frases de disculpa:

—Perdónenme, señores. He ido al dentista y, como ustedes saben, es fácil ir, pero difícil salir del consultorio de un dentista.

El poeta nos tiende una diestra temblona y sonríe con una expresión de pesar y picardía, como si su tardanza involuntaria fuese algo a la par lamentable y divertido. Viste una chaqueta gris, pantalones pardos, camisa azul, y calza unos *loafers* nuevos.

El rostro del poeta es color ladrillo; la frente despejada. Los ojos, tras las gafas de montura negra, le brillan claros y alegres.

—¡Siéntense, siéntense! —exclama—. No, no; aquí me siento yo —agrega cuando se le ofrece un sillón, el más grande y el más cómodo—. Este es mi asiento favorito...

(William Carlos Williams nació el 17 de septiembre de 1883, en Rutherford, N. J. Su padre era inglés, de Birmingham; su madre puertorriqueña, de Mayagüez. Curso sus estudios secundarios en la Horace Mann High School, de Nueva York, y en Chateau de Lancy, en Suiza. Se doctoró en medicina en la Universidad de Pennsylvania, en 1906.

A los 23 años publicó su primer libro, *Poems* (1909); cuatro años después, *Th Tempers*, influido por Pound y los imaginistas; en 1917, y con título español, un poemario personal: *Al que quiere*, *Kora in Hell* y *Sour grapes* son de 1921 y 1922, respectivamente. Verso y prosa siguen alternando su aparición hasta constituir una obra ingente a lo largo de una existencia atareadísima.

El médico-poeta tenía una clientela inmensa. El teléfono sonaba incesantemente; los enfermos llenaban la sala de espera en Nine Ridge Street; había llamadas urgentes por la noche, durante las horas mismas de consulta; desayuno, almuerzo y cena eran siempre interrumpidos por el timbre y el teléfono.

¿Cuándo y dónde puso escribir el poeta en estos ajetreos sin respiro?

El mismo se formula esta pregunta en su *Autobiography*. Tenía la máquina de escribir en el consultorio —nos cuenta—. Siempre podía hallar, de día o de noche, cinco o diez minutos para sentarse frente a la máquina. Entonces, febrilmente, tecleaba. Si llegaba un enfermo a la mitad de una línea, el poeta la interrumpía. Y en el acto el escritor se convertía, otra vez, en médico. Apenas se marchaba el enfermo, Williams corría hacia la máquina, y tecleaba de nuevo; terminaba la línea interrumpida y trazaba otras.

“Finalmente —agrega— “después de las once de la noche, cuando el último enfermo se había acostado, podía siempre hallar tiempo para despachar unas diez o doce páginas. En rigor, no podía descansar hasta haber librado mi mente de la obsesión que durante todo el día me había atormentado. Purificado de aquel tormento, y habiendo escrito, me era posible descansar...”

William Carlos Williams falleció el 5 de marzo de 1963, a los ochenta años, en Rutherford, N. J., su ciudad natal. Más que en ningún otro poeta del siglo, los jóvenes que empezaban a hacer poesía en San Francisco, Seattle, en Nueva York, veían en él un maestro).

—¡Ah, sí! —exclama Williams en el curso del diálogo, desde su silla favorita—. Yo he sido médico durante casi medio siglo para ganarme la vida. No me explico cómo hubo y hay artistas sin profesión conocida... Cézanne es un caso admirable. No tenía dinero y pintaba y pintaba sin vender sus cuadros... Aquí, en los Estados Unidos, *e.e. cummings*, escribe y escribe versos en su refugio de Nueva York. Claro que él tiene algo como un patrimonio o un matrimonio... —agrega sonriendo.

Entonces Vásquez Amáral le interrumpe:

—La pintora Sheri Martinelli, que usted ha de conocer, también pinta y pinta infinitos retratos de Ezra Pound, o pinta y pinta exquisitas *madonnas*. Y que yo sepa, tampoco...

—¡Sheri Martinelli! —exclama el poeta jubilosamente—. ¡Sí, la conozco! Pero sólo por cartas, desgraciadamente. Escribe maravillosas cartas en que sólo me habla de Ezra.

Calla un instante y, de pronto, con vivísimo interés, pregunta:

—¿Es bonita la Sheri?

—No está mal —responde el traductor de Pound—. Fue un tiempo modelo de *Vogue*. ¿Sabe usted?

—¿Y qué edad tiene?

—Ezra Pound me ha dicho que la edad de Sheri varía entre los ocho y los mil años; todo depende de lo que esté pintando, de la condición de la atmósfera y de la pañía en que esté. . . .

—Y ¿cómo la conoció usted, señor Amaral?

—En el Saint Elizabeth Hospital, en el círculo de Pound. Fue así: un día estaba yo hablando con Pound, en tiempos en que le traducía los *Pisan Cantos*. El, de repente, se puso de pie y me preguntó: —“¿Quiere ver usted los cuadros de Sheri Martinelli?”

Yo le dije que con mucho gusto. Pound entonces improvisó sobre el piano, la mesa y otros muebles que había en el corredor del Hospital, una verdadera exposición de la Martinelli. Me sorprendieron las *madonnas*, de ojos líquidos, enormes, y los barbados retratos de Pound. Después apareció ella misma, acompañada de la esposa de Pound. . . .

—Me encantan sus cartas —prorrumpe Williams—. Sus cuadros deben de ser como sus cartas.

—Archibald Mac Leish le aconseja siempre a Sheri que las publique en un libro, por lo que valen en sí y por lo que cuentan de Ezra Pound en el Saint Elizabeth Hospital, —informo yo.

En ese momento suena el teléfono. El poeta se levanta ágilmente y va hacia el aparato.

Nosotros oímos la conversación.

—No —dice Williams—, Ezra Pound no está aquí. . . . Pero ¿cómo quiere usted que yo sepa su paradero? . . . Yo no estoy enojado con él en absoluto. . . . Eso fue antes; ahora somos amigos. . . . ¡Me alegro que haya salido al fin del Hospital!

Williams cuelga el auricular y volviéndose a nosotros, con ojos relucientes, exclama:

—¡Qué casualidad! Hablábamos de Pound nosotros y, en este mismo momento, me preguntan desde Nueva York dónde está Ezra. . . . No le encuentran en Washington y supusieron que estaba aquí en casa. Era un *reporter*. . . .

Vuelve a sonar el teléfono, y se repite la escena: No, no está aquí. Pero ¡qué se yo, amigo mío!

—Otro *reporter* —sonríe Williams colgando el auricular—. Quería hacernos una interview a Pound y a mí, juntos.

La conversación se ha reanudado y ahora gira en torno a la obra del mismo Williams Carlos.

—Sus poemas más recientes —opina Julián Pallay— me parecen los mejores. Creo que sí —asiente Williams con toda naturalidad—. Le diré por qué. Resulta

que yo tuve un derrame cerebral. Por esto estoy así —explica exhibiendo la mano derecha—; miren cómo me tiembla la pobre. Llegué entonces a creer que era el fin de todo. Pero el derrame fertilizó mi cerebro y lo regeneró. Y como debo escribir para seguir viviendo, he seguido escribiendo. ¡He sido tan aninado toda mi vida, tan inmaduro!

—De modo que el derrame. . . —insinúa yo.

—¡Claro! Los últimos poemas reflejan una mente más desarrollada. . .

—¿Y ha estado usted en México? —interroga el poeta Palley.

—Sí, cuando era muy joven. Un hacendado mexicano llegó un día a Nueva York, en el *Lusitania*, enfermo de una pulmonía declarada en París. Me pidió que le acompañara a México, en el tren. Hice con él el viaje hasta San Luis Potosí. Estaba el pobre gravísimo y murió al llegar a esa ciudad. Su hijo, que no quería a los yanquis, fue cortés conmigo, sin embargo. Pero nada más que cortés. Me pagó 200 dólares en monedas de oro de a veinte cada una.

—Aquí están sus honorarios —me dijo poniéndome en las manos las diez monedas, una tras otra: ¡Tin, tin, tin, tin. . . !

—Usted tiene un poema sobre Ciudad Juárez —le recuerda Palley.

—Exacto. Lo leí un día en Harvard, cuando me dieron un doctorado. . . ¿Cómo se dice? *Honoris causa*. ¡Oh, yo siempre he sido un fresco! Los estudiantes me aplaudieron frenéticos, pero a los profesores no les gustó ni el poema ni la manera de recitarlo. ¡Todavía me divierte la cara que puso Niebur!

El poeta se ha ido a una habitación interior para buscar sus traducciones de Florit, de Cumacero y otros.

Amaral recibe de sus manos un rimerito de cuartillas y comienza a leer en un inglés perfecto y sonoro la versión de "Días en blanco" de Chumacero.

—¡Caramba! ¡Ha salido bien! —se entusiasma Williams con juvenil alegría—. ¡He sudado sangre para hacer la traducción!

—Hay algo de T. S. Eliot allí —comenta alguien.

—Sí, sí. ¡Claro!

—¿Qué le parece el poema de Florit? —pregunto.

—Me gusta, me gusta. ¡Muy bueno! Pero ¡me ha dado un trabajo! . . .

Después se ha hablado de Rafael Arévalo Martínez, de quien Williams tradujo *El hombre que parecía un caballo*; se ha hablado de una traducción de Quevedo, también de Williams. Y otra vez se ha vuelto a hablar de Ezra Pound, cuya reciente libertad regocija a William Carlos.

Y así han transcurrido dos horas en la casa de Nine Ridge Street.

—Debemos irnos ya, doctor Williams, porque tenemos que asistir los tres a la representación de una pieza de Cervantes, en Nueva York.

—¿Cervantes?
 —Sí, doctor. Hoy 24 de abril, es su aniversario.
 —¡Caramba! ¡Y no poder ir con ustedes!
 Y su diestra temblona estrecha la nuestra con calor.
 Un minuto después, partíamos para Nueva York.

BREVE ANTOLOGIA DE WILLIAM CARLOS WILLIAMS

LA MESERA

*No viveza (ni hace falta), sino
 el silencio de sus maneras, ojos grises en
 una espesura de pestañas negras.
 Los ojos miran, la mirada cae.*

*No hay manera, no hay manera. Por cerca
 que se sienta
 el calor de su mejilla, no hay manera.*

*Las ventajas de la pobreza son una piel áspera
 en las manos, los goznes
 rotos, las muñecas manchadas.*

*Seria. No como las demás.
 Todas las otras son embusteras, todas menos tú.*

*Ven a atendernos,
 atiéndenos con el pelo cogido por atrás de modo práctico
 por una redecilla detrás de las orejas, a ambos lados de
 la cabeza. Pero los ojos;
 pero la boca, apenas (aprisa)
 tocada de rouge.
 El vestido negro pone el pelo negro, aunque parezca
 raro, y el vestido blanco lo pone claro.*